



Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

SEMANARIO FESTIVO

DECANO DE LOS PERIÓDICOS ILUSTRADOS

TIPOS POPULARES
EL MUSICO AMBULANTE



AÑO III
Nº 133
Setiembre 13 de 1896
PRECIOS-SUSCRICION

MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS	
Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
Los mismos precios, en moneda equiva.
lente, con el aumento del franco.
Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS
Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.



Womplancie II

Tata chin! Bom! Bom!

No hay quien toque el bombo
cual lo toco Yo!

Chin! tata tachin! Bom! Bom! Bom!
Lybia, En el lazo, Las flores.
¡Todo eso lo he escrito Yo!

Chin, tachin, tatachin! Boom!!
Que La Razón certifique
si hay otro hombre como Yo!

Bom! tachin chin! chin! chin! Boom!
Vonvo biejo ó bombo nuevo
nadie los toca cual Yo.

Bom, tachin! Bom! bom! bom! boom!!
Hasta el mismo Clodomiro
envidia lo que hago Yo!

Lo dijo el pobre Santos,
lo dice La Razón.
No soy uno de tantos;
soy Yo, señores, Yo!

Soy grande como Zombo
y aunque este clamo á Dios,
no habrá quien me eche al bombo
porque el bombo soy Yo.

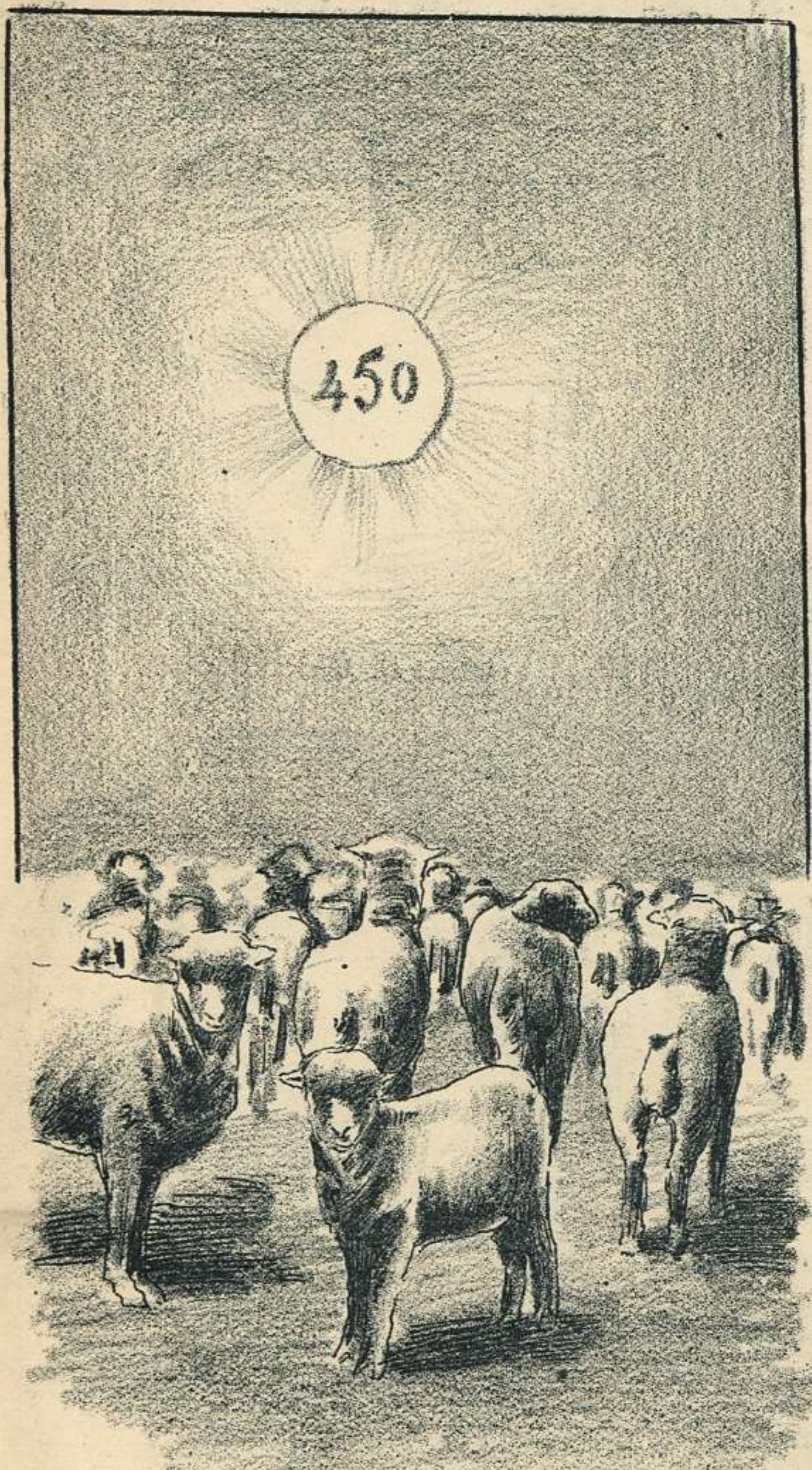
Lo digo Yo y lo dice
conmigo La Razón.
Miradme, que aquí paso
Booom! ¡Soy Yo!

SUMARIO

TEXTO—Zig-Zag—Para ser Diputado.—«Entonces como ahora», Cuento, por Aldhara.—«Oro extranjero».—«Cuentos ajenos—El dulce nombre», por Alfonso Pérez Nieva.—«Teatros».—«La cena de Juan», por A. Navarro Gonzalvo.—«Carbonada».—«Interioridades», por Eusebio Sierra.—«El curioso femenino».—«Sport», por Zapicán II.—«Páginas frescas».

GRABADOS—Tipos populares—El músico ambulante.—«Los transformistas», por Wimplane II.—«De Mesmeris», por Aurelio Giménez.—«Marina», por B. Galofre, y varios intercalados en el texto, por A. Giménez.

Todo escrito que no lleve firma, pseudónimo ó señal al pie, pertenece al director de este semanario.



Para ser diputado

El título parecerá de *réclame* callejero, pero la cosa es interesante; sobre todo para los que aspiran á la soldada.

Se trata de algo importante.

Figúrense ustedes que, por lo visto, en nuestra tierra se desconoce de una manera irritante aquella gran verdad que dice que la evolución de las sociedades impone á los pueblos el deber de modificar sus leyes para mejor adaptarlas á las circunstancias.

Y de ahí que todo marche mal.

Convenimos en que la ley fundamental es sagrada; y los Gobiernos convienen también en ello; la prueba está en que no quieren tocarla, lo que les obliga á pasar siempre que pueden por encima de ella, ni mirarla siquiera, aunque haga falta.

No puede pedirse más respeto.

Pero, por digna de él que se la sponga, hay que reconocer que los buenos constituyentes no estaban á la altura en que nos hallamos.

Quizá estaban más altos, ó menos bajos; pero no estaban á la misma altura y de ahí que se dieran á pedir gollerías en su famosa carta.

Porque, vayan ustedes viendo lo que en ella exigieron para considerar hábil una persona aspirante al puesto de diputado con sueldo anexo:

«Art. 24. Para ser elegido representante se necesita: cinco años de ciudadanía en ejercicio, veinticinco años cumplidos de edad, y

un capital de cuatro mil pesos, ó profesión, arte ú oficio útil que le produzca una renta equivalente.»

Miren usteces que es inocente esto!

Pedir cinco años de ciudadanía en ejercicio, hoy en que nadie ejercita otra cosa que el ingenio en busca del puchero de cada día, es una necesidad.

En cuanto á lo de veinticinco años, es otra arbitrariedad de la Constitución. Si se trata de mamar del Presupuesto, cuanto más niños, más hábiles; por más que aquí se ha visto lo contrario, lo que no deja de hacerlos dignos de admiración.

Pero lo del capital es lo más inocente que darse puede. Precisamente, si lo que van buscando los aspirantes es una rentita de fácil cobro!

Vamos; que en aquellos tiempos las gentes eran inocentes como un rebaño de ovejas vírgenes.

Eso de pedir capital á un hombre que va por el interés!...

Esto hay que modificarlo.

Creo, pues, que, mientras no se modifica la Constitución, es conveniente ir proponiendo las modificaciones para que sirvan de reglas seguras á los aspirantes.

Quedaría entonces el artículo 24 así redactado:

«Para ser elegido....»

Un paréntesis.

Esto de *elegido* ya nadie lo cree. Aquí sí que vendría bien aquello de «muchos son los llamados y poco los elegidos.»

¡Y tan pocos!

De modo que el artículo 18 se redactará en esta forma, aunque sin la redacción se hace lo mismo:

«La Cámara de Representantes se compondrá de miembros nombrados directamente por el Gobierno, mediante influencias valiosas, ó promesa de absoluta sumisión.»

Y ahora el artículo 24:

«Para ser nombrado Representante se necesita: ganas de comer sin mayor trabajo; una ciudadanía de cualquier clase, como la de Brián, que es de entre dos aguas, como quien dice, por ser de Entre-Ríos; cualquier edad, aunque no sea hábil; basta que sea hábil el individuo; falta absoluta de medios de vida y necesidad urgente de cobrar 450 pesos mensuales; el arte ú oficio no es indispensable si no se trata de malas artes ó buenos oficios; ser sordo-mudo, ciego y si es posible cojo, como Segundo; no tener opinión, ni conciencia, ni carácter; ser manso y no usar en los discursos otra elocuencia que la que los grandes autores de frases dan al silencio.»

Con esto y tener blando el lomo, el que no sale diputado será.... porque tiene vergüenza.

Entonces como ahora

(CUENTO)

En el condado de Oxford, Allá en la vieja Inglaterra, Que por su fortuna encierra La Universidad mayor, Murió un lord inmensamente Rico, tan afortunado, Que jamás se vió asediado Ni por un solo pariente.

Al ver cercano el momento Ultimo de su existencia, Tuvo la buena ocurrencia De dictar su testamento; Mas como la caridad Nunca se albergó en su pecho, De su agonía en el lecho Tuvo esta excentricidad:

«Para probar el amor Que profeso á mis vasallos, Dejo en vacas y caballos Mi fortuna á los de Oxford. Tengo empeño decidido Que se repartan sin tasa, Según mande en cada casa La señora ó el marido. No comenten mi intención: Donde mande la mujer, Den una vaca á escoger, Y donde mande el varón, Le dejarán elegir De mis caballos aquel

Que prefiera.—Th. Arundell, Ahora, dejadme morir.»

Para el lord Corregidor Fué empeca muy singular La de entrar en cada hogar Que hay treinta mil en Oxford. Pero no habiendo encontrado Amo de casa ninguno, Sólo el ganado vacuno Respondía del legado.

Mas tuvo confidencial Aviso de que existía Un vecino que tenía Autoridad marital; Fuese á verle, decidido A cumplir con el mandato, Y comprendió á poco rato Que allí imperaba el marido. —Venid—le dijo—á escoger El caballo que os darán...— Fué y escogió un alazán; Se lo contó á su mujer, Que no le dió ni un consejo, Hasta que tomando el té. Le preguntó—Dí, José. Tendrá el alazán mal viejo? Un tordo nunca encanece... Parece siempre más gordo... Luego... como tú estás tordo, Mis simpatías merece... Quieres, *kirsch*, *wasser* ó *rhum*... Y dejándose servir, La mona se fué á dormir Aquel pedazo de atún.

Quando el lord Corregidor Mandó con un ganapán El magnifico alazán, José contestó: Señor, Vos me disteis á escoger... Pues ahora escojo un tordo. ¡Si sois á mi ruego sordo, No me da *kirsch* mi mujer!!! Ella de ladina peca... ¡Y el *kirsch* es mi parte fiaca!... —¡Ay, amigo mío!... Vaca, Tomad vaca... y una rueca.—

Así, á orillas del Cherwell, Y á otras orillas que callo, No se da ningún caballo De los que legó Arundell.

ALDHARA

Oro extranjero

MARINA AL CARBÓN, DE BALDOMERO GALOFRE

Es una veleidad de *amateur*. Es difícil, teniendo un periódico ilustrado, resistir al deseo de hacer partícipes á los lectores del placer sentido á la vista de una hermosa obra de arte.

Sea por una vez,—dijimos—si es que no gusta. Pero gustará.

Y lo creemos todavía; es una hoja de album que tiene que admirar á quien tiene ojos.

Pocas veces el carbón de Galofre—el artista empeñado en la gigantesca obra de reproducir gráficamente toda la España pintoresca,—pocas veces ha tenido tanto vigor y soltura tanta en los bravos trazos que llenan su mejor cartón.

Por esto va aquí, llenando una página que difícilmente pudiera llenarse con cosa de más valor en ningún periódico americano.

CUENTOS AJENOS

El dulce nombre

I

—Soy feliz, completamente feliz, si es la felicidad esta existencia tranquila y apacible que yo llevo... Dios me ha dado un marido ejemplar, que me adora; me ha concedido un hijo que es la alegría de mi vida, disfruto de una posición desahogada, y sin embargo...

—No le has olvidado...

—Tú eres mi amiga de la infancia, contigo no guardo secretos... Pues bien; no puedo olvidarle... Su recuerdo me lleva el corazón... Cuando menos motivo hay para ello, en medio de las intimidades



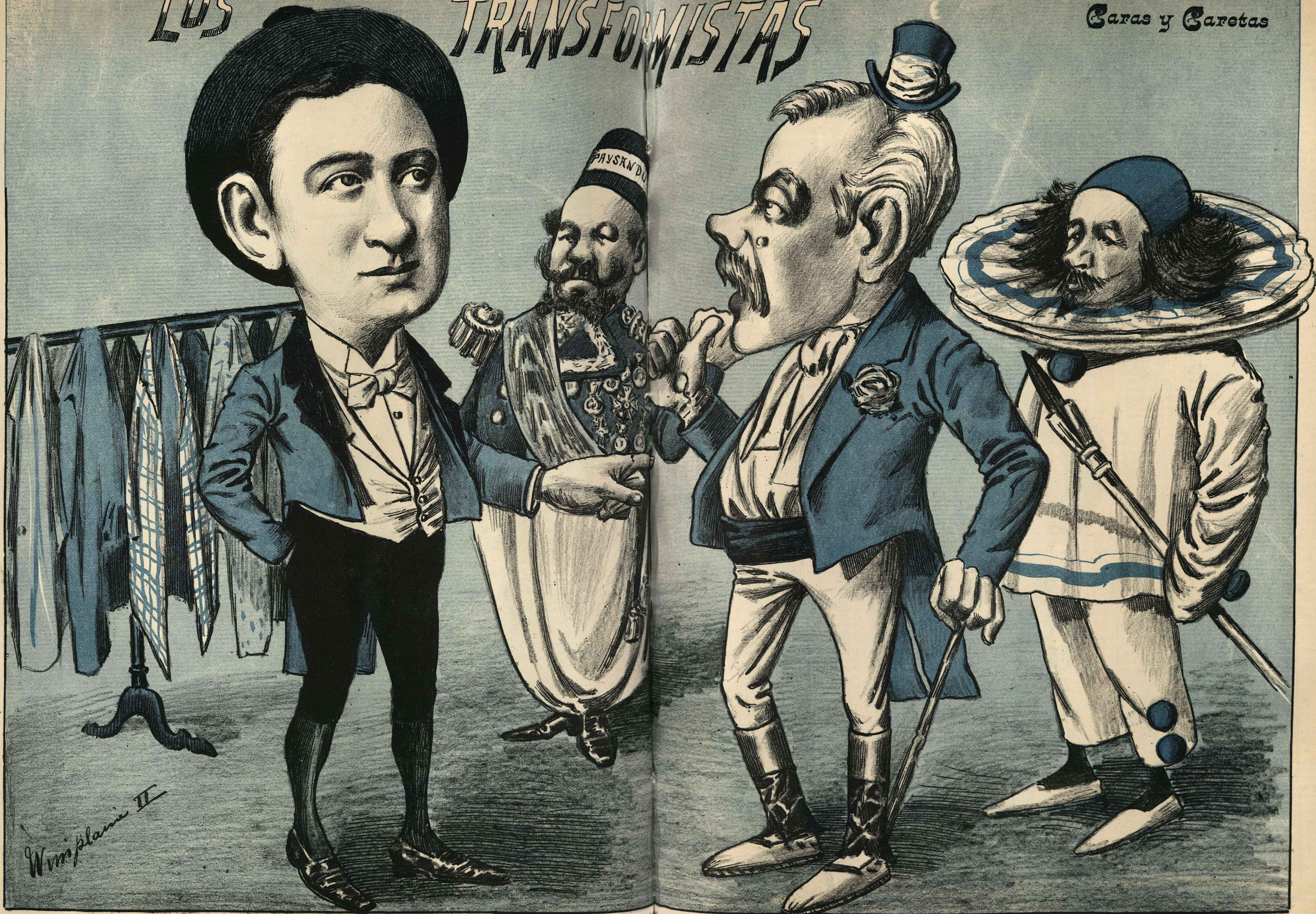
MARINA al carbón, de B. Galofre

Reproducción de Aurelio Giménez

LOS

TRANSFORMISTAS

Caras y Caretas



Wm. S. W. II

Juan—

Ahl ¿Con que eres transformista? Pues vale más que te vayas, que les hay por estas playas mucho mejores que vos. Eso de mudar de cara es aquí cosa corriente, y ya no asusta á la gente ver hombres con más de dos.

De Mesmeris—Pues me admira. Allá en Europa es *great attraction* hoy día, y aquí ya... ¡Quién lo diría!...
Monsieur—*Mon Dieu! Lo decimos nous!* ¿Me voyez? Soy colorado. *Mais* no siempre del partido tan *heureux*, sectario he sido; pues fui blanco en Paysandú.

Juan—

Yo he sido...
...ente-alcalde; he sido... canchero; he sido...
...chero, me ves. Me voyez que es maestro en eso de mudar ropa, y lo hacen en Europa! en un... dos son tres.

Angel—

¿Y ese aquí á asombrarnos viene? Oye. «Por mi bien amado juré que ni un colorado viviría estando yo.» Y ahora sin miedo ni empacho «por mi bien amado juro, no dejar un blanco impuro mirando la luz del sol!»

De Mesmeris—Pues señor! Fué chasco lindo! Me declaro derrotado, ante éstos, y avergonzado en cuanto pueda me voy. Que en eso de engaños rápidos, y prontos cambios de cara, aunque sea cosa rara saben estos más que yo!

del hogar, me asalta su memoria... Hasta... ¡Dios me perdone!... hasta veo su imagen en la cara de mi angel rubio...

—¡Que le amas aún, ¡María!
—Era mi primer amor, Luisa, ese primer amor todo abnegación en que el alma se entrega á ciegas, sin calcular utilidades ni ventajas; que no muere nunca aunque no se realice la dicha que soñaron los veinte años... ¡Ah!... Yo hubiera sido enteramente dichosa á su lado... Una de las cosas que más le agradaban era el que yo me llamase María... «Tu dulce nombre es mi predilecto: no me gusta ninguno como él, ni en ninguna otra mujer encuentro igual ternura... Es poético de por sí, y porque tú le prestas poesía.» Con frecuencia lo pronunciaba varias veces seguidas, por oírle... Una manía...

—¿Y no has vuelto á tener noticias suyas?...
—Nada... Dos años permaneció sin dejar de escribirme un correo, mostrándose siempre apasionadísimo... Después cesó en su correspondencia al entrar en campaña contra los joloanos... Los compañeros afirman que sucumbió, que lo vieron caer; pero lo cierto es que no fué recogido su cadáver... La tristeza me acarreó una enfermedad, de la que no sé cómo he salido... Gracias al que hoy es mi esposo, que me salvó con sus cuidados y su ciencia... Mucho tiempo le lloré y sigo llorándole en mis soledades, sin que nadie se entere... Luego, mi madre enferma, sin padre, a ruinada; por otro lado la gratitud, la deuda contraída con este hombre... Me resistí heroicamente, pero al fin las circunstancias se me impusieron, cerré los ojos y me casé... Y no me quejo, porque la suerte me ha deparado, compensando mi sacrificio, un compañero honrado y bueno, sin más voluntad que la mía...

—Es un martirio enorme...
—¡No lo sabes tú bien!... Fingir por deber lo que no se siente... Y... comprendo que es una locura, que sus amigos han presenciado cómo lanzó el último suspiro; que es público su fallecimiento; pero el corazón se rebela contra la dura verdad y espera siempre, Luisa, sin acertar yo misma lo que espera!..

II

—¿Vas á hacer tú la novena, Luisa?...
—Sí; ¿por qué?...
—Para que vayamos juntas... ¿A qué hora empiezan los ejercicios?... ¿Al anochecer?
—Un poco antes; á las seis...
—Bueno... Entonces te recogeremos al paso en en tu casa... Yo pienso llevarme conmigo la niña, porque quiero que la impongan el escapulario de la hermandad...
—Pero la pobrecita se aburrirá... ¡Mira que no tiene más que seis años!...
—¡Te equivocas!... Ella misma me lo ha pedido... Poco entusiasmada que está con su libro de oraciones... ¿Y qué has oído de los predicadores?...
—Que por la tarde subirá al púlpito un misionero joven que dicen que es elocuentísimo...
—Esas son mis noticias...
—Por supuesto que, como siempre, no saldrá la procesión á la calle...
—No creo, María...
—Pues es una terquedad del presidente... Luciría todo mucho más y sería un digno remate de función...
—Pienso contigo...
—Es preciso trabajar en pro de esta idea...
—Trabajaremos... Soy toda tuya...

III

—Por la señal de la santa cruz... ¡Dios mío!... ¡No, no puede ser!... Yo desvarío, no veo bien... Es un efecto de esta terrible obsesión que me hace distinguir su rostro en todas partes... ¡Murió, sí, murió!... Sin duda es otra que se le parece... Enteramente su mismo perfil y su mismo aire... Hay mucha sombra en las naves... Si se ladeara algo... ¡Ah!... Varía de postura... se coloca de frente; ahora sí que le distingo bien al resplandor del cirio que le baña la cara de luz!
—¡Es ella, ella, Virgen Santa, ya no me cabe duda!... ¡Pero viva, viva!... ¿Luego no fué verdad?... Y la niña que acaricia, ¿será suya?... ¿Cómo?... Se lleva el pañuelo á los ojos... Lloro... Me ha conocido... Pero... ¡Dios mío!... ¿Qué estoy haciendo?... Me olvido del sitio en que me encuentro y de que el pueblo espera mi palabra sagrada... ¡Qué horrible trance!... La memoria me huye, he perdido la serenidad: no sé por dónde dar principio... Todo el mundo me mira, el corazón se me salta, las sienes me atruenan... ¡Virgen Santa, tú que ves mi situación, no me abandones!...
«Son palabras tomadas del libro segundo del Apóstol... ¡Hermanos míos! El tema que voy á desarrollar esta tarde encierra en sí toda la sublime

poesía de nuestra religión: el Dulce nombre de María... Si quisiéramos expresar todo lo que hay de tierno en la piedad católica, yo no emplearía otra palabra que la de María, su nombre dulcísimo, ese dulce nombre...

III

—Ha estado usted admirable, con una felicidad de dición asombrosa...
—Y vertiendo en sus conceptos, como en el tono empleado en exponerlos, una ternura suprema...
—La gente escuchaba conmovida, y muchas mujeres lloraban.
—No hemos oído jamás sermón que cause impresión tan profunda... Como no abandone usted la cátedra del Espíritu Santo, le reserva el porvenir grandes triunfos.
—¡Que sea enhorabuena!...
—¡Señores, mil gracias! ¡Yo estimo en lo que valen sus plácemes, pero esto es demasiado!... Toda la sacristía revuelta por mí...

V

—¡Dios mío, Dios mío!...; Si supieran que el secreto de mi elocuencia, de la ternura de mis palabras, era que al pronunciar el dulce nombre de María, lo pronunciaba á mi pesar para que ella lo oyera, refiriéndome á ella en lo íntimo de mi corazón!... ¡Dios mío!... ¡Dios misericordioso! Préstame fuerzas, haz que deseché su recuerdo, ayuda á este pecador á apurar el cáliz de su amargura, ven á mí é infúndeme tu divina gracia para que tú solo reines en mi pecho!...

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



Voilà De Mesmeris.

El solo se ha sostenido en Cibils, abandonado el miércoles por la Compañía Orejón.
El joven transformista ha gustado; tiene gracia y soltura; supera á Frégoli en la rapidez de algunas transformaciones, pero aquel gasta menos *fiato*.
De Mesmeris le lleva ventaja por el empleo de diversos idiomas, lo que individualiza más los personajes, ayudando mucho la ilusión.
Da idea de la adaptabilidad de su ingenio, el

gaucho que en la noche de su extremo presentó, bastante fielmente imitado.

Anoche debe haberse presentado por vez primera en Solís la compañía Chiacchi; la compañía de la Vitaliani y De Sanctis, dos actores de que la prensa extranjera han hecho elogios.

La obra anunciada es «Tosca», de Sardou, poco vista aquí, lo que debe haber dado mayor interés al estreno.

Nos limitaremos á adelantar, valga la palabra clorurada del fotógrafo, que la Vitaliani es agraciada y De Sanctis casi hermoso.

La cena de Juan

Juan es un joven poeta que trabaja con afán, y ahora empieza. ¡Pobre Juan! Nunca tendrá una peseta. Trajo al pueblo el buen deseo, lógico en todo escritor, de encontrar un editor y de alcanzar un empleo. Y aunque es muy buena persona y es poco lo que desea, ni hace libros, ni se emplea, ni le fia la patrona. Y en lucha horrible, infernal, no logra el hielo romper. No se queda sin comer, pero come poco, y mal. ¡Cómo la pobreza humilla! Sin temor al qué dirán, entró en la taberna Juan y se compró una tortilla! Tortilla hecha de encargo que al más robusto sepulta. Juan, sin embargo, la oculta en un panecillo largo. ¡También duro el panecillo! ¡Compra tres por un real! Lo envuelve en un *Nacional* y lo guarda en el bolsillo. Sale gozoso á la calle, pues aunque no tiene cama, va á cenar, cuando una dama apuesta y de esbelto talle, con alegre entonación y con gracioso mohín le detiene y dice: «Al fin se le encuentra á usted, bribón... Hoy tengo reunión.—¿Sí, eh?... —Tiene usted que leer algo. —Señora... yo... si no valgo... —¡Vaya, no le suelto á usted! Y á su caaa lo llevó, y allí, quieras ó no quieras, con frases muy lisonjeras al pobre Juan presentó. «Este señor va á leer, ¡todo el mundo lo desea! —¿Hace versos? ¡Que los lea! Y fué preciso acceder. «A una Venus. Redondillas.» dijo el vate, y prosiguió leyendo, hasta que notó en cierta parte cosquillas. «¿Qué es eso? ¿Qué tiene usted?... —Nada, no sé qué me pasa... —¡Siga! Es el perro de casa ¡que le muerde á usted el chaqué!» Y el indiscreto perrillo gira en torno de la silla, al olor de la tortilla que Juan guarda en el bolsillo, Ténaz é implacable, trata de perder al pobre chico Primero, alarga el hocico; después, ya mete la pata, Y siguiendo en su jolgorio hasta que atisba el papel, ladra, gruñe, tira de él, por fin saca el envoltorio, y la alfombra de moqueta, dando á Juan esta revancha, llena de aceite y la mancha con la cena del poeta, á tiempo que éste leía el verso en que terminaba, y la señora exclamaba: «¡Jesús y qué porquería! —¿Tan severa apreciación merecen mis redondillas?... —¡Lo digo por las tortillas! ¡No por la composición!»

E. NAVARRO GONZALVO.

CARBONADA

Con ají picante

En la buena tierra de las esquinas redondas y les arroyos secos, para no dejar en paz, ya que se ha hecho estribillo, á don Samuel Lafone y su frase, la caprichosa casualidad puso en un mismo edificio las salas de la representación nacional, y las cuadras de la cárcel de policía.

De ahí que en la buena patria de Lavalleja y Caracciolo Aratta, entren los diputados por la misma puerta que los bribones presos.

Con la diferenciación correspondiente; que si bien nunca entran los diputados en calidad de bribones, muchas veces han entrado los bribones en calidad de diputados.

Con muchos de nuestros hombres políticos ha ocurrido lo que con los frascos de agua de olor. Que tienen esencia mientras no se han des-tapado.

Vaya un pensamiento que podía dedicarse á don Julio Herrera, pero que va sin alusión personal. El poder de atracción de ciertos hombres, es como el que desarrolla el agua sucia sobre las basuras sueltas, al entrar jirando en el resumidero.



Interioridades

—¡Jesús, como está el servicio!
 ¡Si no se puede sufrir!
 Don Blas, me sacan de quicio estas criadas de servir, pues ni una sola se encuentra que cumpla con su deber: ya se sabe, la que hoy entra hace buena á la de ayer. He corrido esta semana toda la escala social, desde la tosca asturiana á la andaluza jovial; desde la zafia alcarreña, á quien no puede entender, á la sutil madrileña que lo sabe todo hacer; y nada, no me ha servido, no me ha servido, don Blas, pues siempre la última ha sido más mala que las demás. Cuando buscan acomodo á nada dicen que que no.... yo las quiero para todo....
 — Es natural, como yo.
 —Pues bien, ellas se someten á hacerlo con interés y prometen, y prometen.... lo que no cumplen después. La que plancha bien, no guisa y me gasta un dinerito en la compra, porque sisa de un modo fenomenal. La que guisa y es decente, gasta sin duelo el carbón ó me resulta pariente de toda la guarnición. Se viste ésta con un lujo que no quiero tolerar, porque denuncia un tapujo que alguien me puede colgar. La que es honesta y sencilla y no levanta la voz, ó me rompe la vajilla ó me dispara una coza.
 La joven tiene amorios y nunca en casa ha de estar; fáltanle á la vieja bríos y ganas de trabajar.... Conque no hay una siquiera que cumpla con su deber... Ahora, dígame cualquiera qué es lo que yo debo hacer.
 —No se rompa usted la crisma, porque hay fácil solución: se sirve usted á sí misma, y se acaba la función.
 —Vamos, hombre, está usted loco! Lo dicho, loco de atar... ¡De servirme, yo tampoco me podría soportar!

EUSEBIO SIERRA.

EL CURIOSO FEMENINO



Cosa la que me pasó á mí.

Yo sabía que iba de aquel modo ¿eh? yo lo sabía... Pero qué demonios; no estaba yo para remilgos; sobre todo; esas son cosas íntimas en que, según mi parecer, nadie debía meterse; pero á ellas se les metió en la cabeza...

Que sofocón: á las ocho y media en punto tenía que estar en la tertulia; lo había prometido... Pues por la media fué todo; si señores, por la media; si aquello hubiera sido á las nueve, maldito si me sucede nada.

Me vestí á todo correr; yo parecía un velocípedo con botines de elástico; no encontraba nada igual á su compañero y me puse todo como Dios quiso. ¡Iba á verla!

Salí á la calle veloz como un galgo enamorado. Esto no viene á qué, pero yo tengo la costumbre de cruzar la pierna.

Con la conversación me distraje y crucé la derecha sobre la izquierda; entonces noté que una señorita me miraba el calcetín; mis poros despidieron una ducha congelada que me enfrió el pellejo, dejándome como el de un animal muerto. ¡Quizá se me veían los pelos de la pierna por entre los ojos del calcetín! ¡Quizá mi calcetín parecía alguna porquería de punto de media!

Con la faz roja como un queso de bola ruborizado, bajé la pierna.

Pero á poco ¡vuelta á la misma! Crucé la izquierda sobre la derecha, y ¡zás! otra señorita, una rubia tartamuda, se echó á mirarme. Pienso otra vez que el calcetín está diciendo á gritos que soy un asqueroso; se me llena nuevamente de sangre el rostro, que no parece sino una morcilla con barbas, y descruzo la pierna.

Pasó una hora.

¿Quién demonios reunió á aquellas dos señoritas?

¿Qué les dió por empeñarse en tan feroz porfía?

Pienso que el destino y mis calcetines.

Cuando las ví venir hacia mí, sin duda decididas á hacerme algo feo... ¡que se yo! me atacó una risa nerviosa que me dilataba la boca haciéndome parecer un tiburón soltero.

¿Qué querían de mí?

Disputaban... Sin duda era yo el objeto de la disputa... Venían á buscar la solución...

—¡Verdes! decía la una.

—¡Celestes! gritaba la otra.

Llegaron á mí.

—Caballero: Vd. es un joven educado.

—Y orejudo, agregó yo desvariando, si saber lo que me digo.

—Nos divide una discusión de que Vd. es la causa... Muéstreños Vd. sus piernas!

Yo, aterrizado, con todos los pelos de ellas tiesos como púas, las escondo debajo de la silla.

Ellas insisten; yo suplico y derramo dos lágrimas muy saladas que se me meten en la boca después de pasar sobre un divieso verde.

¡Puah!

No hay remedio; ó soy un bruto, ó he de mostrar las piernas.

Me decido por fin; cierro los ojos y me levanto los pantalones.

—¡Verdes! repite la primera.

—¡Celestes! repite la otra.

Me miro... ¡oh vergüenza! Las dos tenían razón; yo llevaba un calcetín verde y el otro celeste!



Y los dos un tanto... usados... Cuando yo les decía que la media tuvo la culpa de todo!

SPORT

Hoy debe correrse en Buenos Aires el Premio de Honor, distancia 3500 metros, en el cual se halla inscripto Imperio, así como también algunos otros campeones, ó sea la *creme del turf* argentino. Ellos son *Sebastopol, Landzer, Malakoff, Imposible, Cartouche, General Lee, Rosemary, Alcaide, Tom Pouce*, etc., etc.

Según voces circulantes, Imperio se encuentra muy mal de estado, razón por lo cual irá sin remedio á una derrota. Pero las noticias recibidas por el que estas líneas firma son completamente contradictorias, pues según ellas Imperio está en un estado satisfactorio, por lo cual no titubeamos en indicarlo como futuro ganador del Gran Premio de Honor, aun que con ciertas dudas, dado el largo tiro de la carrera.

ZAPICAN II.

PAJINAS FRESCAS



—Un pintor de brocha gorda nos ha enviado 55 paginitas muy picarescamente dialogadas, como cosa de quien ya tiene la mano hecha y bien hecha á tales menesteres.

Hay intencion, pero mucha intencion, gracias de buena ley y escenas interesantes y «Cosas del Olimpo».

El folleto se venderá. Digo; se habrá vendido ya. —Con una muy gentil dedicatoria, el novel escritor Javier de Viana nos obsequió un ejemplar de su libro «Campo».

Demuestra ser buen colorista, narrador sobrio y muy conocedor del medio en que viven los personajes de los once artículos que forman el libro, medio genuinamente, exclusivamente uruguayo, sin mezcla ni reflejos.

Gracias á ambos literatos.



YA APARECIÓ EL TOMO II DE LA TRAMITACIÓN DE JUICIOS

MANUAL DE ABOGACÍA PRÁCTICA

POR

JOSÉ A. GIMÉNEZ

DE INDISCUTIBLE UTILIDAD PARA TODA CLASE DE LITIGANTES

Jueces de Paz—Procuradores
Tenientes-alcaldes

Actuarios—Escribanos—Comerciantes—Propietarios

Alguaciles—Depositarios

Peritos—Rematadores—Contadores—Síndicos—Tutores
Jueces-arbitros, etc.

CONTIENE

Un tratado espreso del Procedimiento ante los Jueces de Paz y Tenientes-alcaldes.

Con Formularios

para toda clase de documentos, recibos, escritos, actas, providencias, demandas, contestaciones; etc.; etc.

Un Tratado práctico y comentado del procedimiento civil y comercial, con formularios de procesos sobre toda clase de juicios escritos de esta naturaleza, y con una sección especial sobre el juicio ejecutivo.

Un Tratado del juicio criminal comentado, con formularios demostrativos de sus actuaciones y detenidas instrucciones para los jurados.

Un Tratado espreso del procedimiento penal en los juicios militares con formularios de procesos.

Una sección especial sobre juicios de imprenta.

La obra consta de 2 tomos de más de 600 páginas cada uno.

Precio de cada tomo:

\$ 3.00

En venta en todas las librerías y en la Administración, calle Uruguay, 301.

